1

El taxi esperaba frente al portal, desde hacÃa ya cuatro minutos, mientras Julia bajaba a duras penas las escaleras de su edificio. La culpa la tenÃan los tacones que habÃa decidido ponerse para resultar menos invisible entre la multitud de la fiesta; los mismos que su jefa habÃa alabado sin excesivo interÃ©s hacÃa un par de semanas. TambiÃ©n el hecho de que alguien hubiera optado por ocupar el ascensor en ese preciso momento.

DisculpÃ¡ndose entre jadeos, cerrÃ³ la puerta del coche e indicÃ³ que se dirigieran al Hotel Regio.

Julia estaba en el segundo curso de su mÃ¡ster en Derecho y habÃa pasado los Ãºltimos cinco meses haciendo prÃ¡cticas en el departamento de penal de uno de los despachos de abogados mÃ¡s prestigiosos de Madrid. PreferÃa definirlo como un encierro semestral en la precariedad laboral, o como una privaciÃ³n voluntaria de la luz del sol, antes de poder colgar por fin el tÃtulo en el salÃ³n de su madre. Pero lo cierto era que, en dÃas como ese, la alta sociedad multiplicaba el atractivo de su profesiÃ³n.

El despacho Lucien & Sons jamÃ¡s reparrarÃa en gastos en lo que a celebrar eventos se refiere, y menos en la noche de su anual Fiesta de Primavera. Todo aquel despliegue servÃa para que sus clientes, y ante todo sus competidores, pudieran cegarse con solo una fracciÃ³n del brillo que se morÃan por mostrar al mundo.

Y por supuesto, como abogada en prÃ¡cticas, la presencia de Julia allÃ era tan irrelevante para el resto como crucial para su futuro.

La mirada de pocos amigos del taxista la sacÃ³ de su ensimismamiento, indicando que ya habÃan llegado. JuntÃ³ apresuradamente unas cuantas monedas y se dispuso a salir lo mÃ¡s rÃ¡pido posible para acallar el ruido de los clÃ¡xones.

AvanzÃ³ hacia las enormes puertas del hotel mientras la multitud la engullÃa hasta el recibidor. En el aire, flotaba una cargadÃsima mezcla de perfumes junto con el humo del tabaco. DoblÃ³ la esquina, y se abriÃ³ ante ella la estancia principal. A ambos lados, dos magnÃficas escaleras de mÃ¡rmol serpenteaban desde los pisos superiores, ornamentadas con detalles color marfil y esmeralda. El amplio espacio estaba coronado por lÃ¡mparas de cristales diminutos que se mecÃan ajenas al ajetreo que habÃa bajo sus pies.

Pero lo que cautivÃ³ su atenciÃ³n fueron los grabados que salpicaban las paredes y los suelos, que parecÃan contar una historia sobre otros tiempos en los que aquello no quitaba la respiraciÃ³n.

Era su primera vez en el Hotel Regio. De hecho, era la primera vez en cualquier hotel de esas caracterÃsticas. Le sobraban un par de estrellas para poder pagÃ¡rselo. Sin embargo, a su alrededor, la mayorÃa de los asistentes caminaba impasible ante lo que, supuso, era el decorado de muchas otras de sus noches.

Se prometiÃ³ echar un Ãºltimo vistazo y ponerse en marcha, y habrÃa cumplido su promesa de no haber distinguido a su amiga Luna aproximÃ¡ndose a grandes zancadas.

Reconocer su silueta dibujada sobre toda aquella sobriedad resultaba, cuando menos, cÃ³mico. Llevaba sus generosas curvas ceÃ±idas en un impresionante vestido de seda roja hasta los pies, que trepaba hasta un tambiÃ©n generosÃsimo escote. Su

pelo estaba trenzado en un semirrecogido del que colgaban cuentas como una pequeÃ±a cascada de diamantes. HabÃa delineado sus ojos ambarinos de una forma que solo le quedarÃa bien a ella, y el resto de su piel oscura brillaba bajo las lÃ¡mparas, danzando entre las luces mientras se acercaba con pasos alegres.

Uno. Dos. Tres. Cuatro hombres se giraron a su paso.

Julia estaba segura de que esa elecciÃ³n de atuendo no era solo fruto de su habilidad innata para atraer todas las miradas, sino tambiÃ©n una forma de retar a la paciencia de sus padres, que se encontrarÃan en esos momentos en alguna de las salas del hotel.

â€”Pero Â¿y esa cara? Â¡Parece que hayas visto un fantasma! â€”Luna se burlÃ³ con una amplia sonrisa.

â€”Si los fantasmas lucieran asÃ, creo que la mayorÃa de los adolescentes dejarÃan de tenerles miedo. â€”Las palabras de Julia se ganaron un silbido de aprobaciÃ³n.

â€”TÃº no te quedas corta, Juls. â€”Luna enfatizÃ³ cada sÃlaba mirÃ¡ndola de arriba abajo de forma dramÃ¡tica. Ella le habÃa prestado su vestido drapeado color esmeralda, y estaba a todas luces orgullosa de su elecciÃ³nâ€”. Entremos ya al salÃ³n, bombÃ³n. No querrÃ¡s perderte el interesantÃsimo discurso de nuestro socio fundadorâ€¦

Hizo una pequeÃ±a pausa, como si de verdad tuvieran la opciÃ³n de saltarse aquel trÃ¡mite.

â€”EstÃ¡ bienâ€¦ SÃgueme, es por aquÃ.

El discurso fue tan asÃ©ptico y aburrido como esperaban. QuizÃ¡ incluso un poco peor. Para entonces, ya se habÃan reunido en el gran salÃ³n con algunos de sus compaÃ±eros y jefes de departamento.

La decoraciÃ³n de la estancia resultaba recargada, pero eso no evitÃ³ que Julia admirara los tapices que recorrÃan las paredes a ambos lados.

El ambiente profesional del inicio de la velada fue dando paso a conversaciones menos encorsetadas allÃ donde los cÃ³cteles salpicaban las manos de los invitados. Julia se sorprendiÃ³ adquiriendo soltura en el arte del *networking*, atreviÃ©ndose a presentarse a varios clientes con los que solo habÃa intercambiado algÃºn que otro correo electrÃ³nico. Su madre iba a estar increÃblemente orgullosa.

Hizo caso omiso al dolor de sus empeines y fue vaciando una tras otra las copas de champÃ¡n que los camareros le ofrecÃan. Luna la miraba divertida mientras hacÃa lo propio, a la vez que hablaba con alguno de los amigos influyentes de su padre, sin duda, deseando demostrar a toda la sala que habÃa sido enchufada en contra de su voluntad en esas prÃ¡cticas, a gusto de sus progenitores.

Como un destello mÃ¡s de color entre el mar de tonalidades que iluminaba el salÃ³n, Julia se permitiÃ³ sentir que pertenecÃa a ese sitio. DejÃ³ que su carisma hiciera la mitad del trabajo y que su mente creara la respuesta perfecta en cada conversaciÃ³n de cinco minutos. Pero, sobre todo, dejÃ³ que la vibrante mÃºsica que emanaba de un cuarteto de cuerda acompaÃ±ara su danza alrededor de la estancia.

A lo lejos, se percatÃ³ de un grupo de personas que se distinguÃa del resto de los asistentes. Sus miradas cargaban suficiencia y sus gestos denotaban un ligero

aburrimiento. ParecÃan intercambiar pocas palabras, las estrictamente necesarias, con los socios del despacho y los que, supuso, serÃan los empresarios mÃ¡s relevantes.

â€”Esa agencia de modelos son los miembros de la familia Regio. Los dueÃ±os de todo esto â€”le susurrÃ³ Luna al oÃdo, abarcando el espacio con un gestoâ€”, y de mucho mÃ¡s. Mi madre se morirÃa por acaparar su atenciÃ³n durante unos minutos.

â€”Â¿Unos estirados incluso para los estirados? Va a ser verdad lo de que siempre ha habido clasesâ€¦

â€”Â¡Y que lo digas! â€”Luna curvÃ³ los labiosâ€”. He oÃdo que Manuela, la matriarca, falleciÃ³ hace unas semanas. Deben estar devorÃ¡ndose como piraÃ±as por la herencia. â€”ApartÃ³ la mirada de ellos sin interÃ©sâ€”. TodavÃa no ha trascendido ningÃºn detalle en las pÃ¡ginas de sociedad.

â€”Â¿Debo preguntarte por quÃ© estÃ¡s al tanto de todos estos culebrones?

Luna le pellizcÃ³ el brazo a modo de protesta.

â€”Â¿De quÃ© crees que hablo con mi madre en el desayuno?

Se dispersaron de nuevo, pero la mirada de Julia continuÃ³ posÃ¡ndose de vez en cuando en aquella familia. No pasÃ³ por alto la manera en la que irradiaban poder y desdÃ©n a partes iguales, como si hubieran sido forzados a deleitarles con su presencia.

Su amiga volviÃ³ con dos vasos diminutos de contenido de dudosa procedencia. ParecÃa haberse aburrido de esquivar integrantes de la lista *Forbes*.

â€”Â¿De dÃ³nde has sacado eso? Parecen los chupitos que nos regalaban en el bar de la universidad al acabar exÃ¡menes.

â€”Â¿QuiÃ©n dice que no lleven lo mismo? â€”Luna sonriÃ³â€”. Con un poco de suerte, estos van a durar mÃ¡s dentro de nuestros estÃ³magos. â€”No parecÃa muy seguraâ€”. Digamos que, para conseguirlos, le he dado un nÃºmero de telÃ©fono parecido al mÃo a uno de los camareros.

â€”Ya veoâ€¦ Supongo que no tendrÃ¡ nada que ver el hecho de que lleves desaparecida media hora. â€”TomÃ³ uno de los vasos.

A la cuenta de tres, procedieron a tomarse de un trago la mezcla, que sabÃa a algo muy concreto entre el sirope de lima y el alcohol de curar.

Como respuesta natural a sus actos, los cuatro mÃºsicos fueron sustituidos por un DJ y las luces bajaron ligeramente. En consecuencia, la abundante joyerÃa de los invitados resplandeciÃ³.

â€”Â¡Esto ya es otra cosa! â€”Las cuentas del pelo de Luna reflejaban los nuevos focos azulados.

No era su primera fiesta juntas, ni mucho menos. Pero sÃ en aquel lugar y entre toda aquella gente, lo que parecÃa motivo mÃ¡s que suficiente para dejarse llevar. Ya eran varios los que se arremolinaban en el centro del salÃ³n, y el tono formal de la velada se habÃa convertido en una invitaciÃ³n descarada para aquellos dispuestos a quedarse hasta el cierre.

Como por arte de magia, o por la eficiencia del servicio, las copas parecÃan aparecer en las manos de Julia justo cuando las echaba de menos. Los tacones la estaban matando y aquel vestido no era su mejor pareja de baile, pero continuÃ³ dando vueltas e intercambiando sonrisas cÃ³mplices con sus compaÃ±eros, ya por todos los rincones del salÃ³n.

Ya fuera a causa de algÃºn empujÃ³n descuidado, por la imposibilidad de sostenerse en pie un segundo mÃ¡s o por su constante torpeza, se cayÃ³ hacia delante con todo su peso.

Solo llegÃ³ a ver cÃ³mo su copa y el lÃquido que contenÃa salÃan disparados tambiÃ©n hacia delante, antes de percatarse del silencio incÃ³modo que inundÃ³ las filas de gente a su alrededor. Las piernas de algÃºn asistente recortaron su campo de visiÃ³n, abriÃ©ndose lo justo para poder observar desde el suelo a una de las jÃ³venes integrantes de la familia Regio, paralizada. Una mueca de horror en su rostro se dirigÃa directamente hacia ella.

Se fijÃ³ mejor en ellas. Casi todas eran rubias y cortadas por el mismo patrÃ³n. Sin embargo, aquella chica se diferenciaba de las demÃ¡s gracias a un inconfundible vestido de gasa ceÃ±ido a la cintura, que le caÃa en un entramado de distintas piedras bordadas. Una obra de arte que habrÃa resultado absolutamente impresionante, de no mostrar ahora enormes manchas allÃ donde su ron con Coca-Cola la habÃa alcanzado.

â€”Â¡Dios mÃo! No se preocupe, seÃ±orita, le ayudaremos aâ€¦ â€”se apresurÃ³ a decir una voz sobre ella.

Fue lo ÃºItimo que pudo escuchar allÃ tendida mientras varios jefes del despacho se abalanzaban hacia la chica, como si pudieran hacer retroceder el tiempo.

Luna ya se aproximaba para ayudarla a levantarse, cuando uno de los miembros de aquella familia se reclinÃ³ hacia ella. No se parecÃa demasiado al resto, con un espeso pelo negro y unos ojos azules que reflejaban preocupaciÃ³n.

â€”Deja que te ayude a levantarte. â€”Su tono amable le resultÃ³ totalmente inmerecido en esos momentos.

Para entonces, las manos de su amiga ya estaban tirando de ella hacia arriba. Antes de que consiguiera que se irguiera por completo, antes incluso de cruzar una segunda mirada con aquel chico, empleÃ³ sus fuerzas para ponerse en pie y echar a correr hacia la primera salida que consiguiÃ³ vislumbrar.

No sabrÃa decir si la gente se apartaba a su paso o simplemente el camino se abrÃa ante ella, pero, a mitad del recorrido y sin poder continuar, entrÃ³ en un baÃ±o y cerrÃ³ con fuerza tras de sÃ. Se permitiÃ³ estudiar la imagen que le devolvÃa el espejo.

Algunos mechones de pelo rizado se escapaban del moÃ±o que se habÃa hecho de forma cuidadosa horas atrÃ¡s. Su vestido verde mostraba tambiÃ©n gotas oscuras allÃ donde el alcohol lo habÃa salpicado, y sombras de una tonalidad mÃ¡s intensa donde se habÃa encontrado con el suelo de la pista. Ni siquiera era suyo.

Se mirÃ³ a sÃ misma. Sus ojos oscuros reflejaron una mezcla de tristeza y de neblina provocada por el alcohol.

Se sentÃa una idiota, alguien terriblemente comÃºn que se habÃa permitido creer que, rodeada de aquel decorado, podÃa saltarse las reglas del juego.

AjustÃ³ la hebilla de sus sandalias, agarrÃ³ el bolso e hizo acopio de algo de su aplomo para salir de aquel cubÃculo. Por suerte, nadie se habÃa percatado de que se encontraba ahÃ escondida.

Con la cabeza gacha avanzÃ³ hacia las puertas del hotel, arropada por una noche estrellada. LogrÃ³ interceptar un taxi y musitarle la direcciÃ³n de su piso al tiempo que veÃa cÃ³mo la fachada del hotel era engullida por las calles de Madrid.

Ya en su portal, se permitiÃ³ deshacerse de la mÃ¡scara en la que se habÃa convertido su rostro. EchÃ³ mano de una inusual cantidad de cartas que sobresalÃan del buzÃ³n y se dirigiÃ³ hacia la seguridad de su habitaciÃ³n a dejar que el sueÃ±o acallase su vergÃ¼enza.

2

â€”No fue para tanto, de verdad. Â¿A quiÃ©n no se le ha caÃdo una copa en una discoteca? â€”Luna mordisqueaba una barrita energÃ©tica, tratando de ofrecerle una sonrisa reconfortanteâ€”. AdemÃ¡s, a esa gente no le viene mal tocar tierra de vez en cuando.

â€”Nadie puede culparte si fue un accidente, Â¿sabes? Por el tema del dolo y todo eso. â€”Fer se ajustÃ³ las gafas, a todas luces orgulloso de haber introducido un tecnicismo incluso en aquella conversaciÃ³nâ€”. Me habrÃa encantado estar ahÃ para verloâ€¦

Fernando era su compaÃ±ero de mesa en el departamento. Un pozo sin fondo de conocimiento y una mÃ¡quina de expedir verdades. Le encantaban esos momentos despuÃ©s de la comida en los que comentaban el fin de semana, su vida sentimental o algÃºn cotilleo del despacho, pero odiaba las reuniones sociales. Probablemente se habrÃa inventado una elaborada excusa para no tener que acudir a la fiesta el dÃa anterior.

â€”No me estÃ¡is ayudando demasiado. â€”Julia puso los ojos en blancoâ€”. Y aunque la furia de esa tal Martina Regio y toda su familia, milagrosamente, no caiga sobre mÃ, lo harÃ¡ sin duda la de nuestros jefes. Â¿Hasta quÃ© punto los he puesto en ridÃculo?

No dejÃ³ que sus amigos respondieran:

â€”Me da escalofrÃos que todavÃa no me hayan dirigido la palabra. Â¿Se pensarÃ¡n que me he escondido? Â¿Que no he venido?

â€”De hecho, te honra no haberte escondido y haber venido asÃ de guapa a trabajar. â€”Luna le rodeÃ³ los hombros en un gesto cariÃ±osoâ€”. No va a pasar nada.

La lÃnea de los labios de Fer denotaba comprensiÃ³n.

â€”Tampoco es que tuvieras otra alternativa, Â¡eh! En penal nos tienen prohibido el teletrabajo, Luna. â€”Se referÃa a la flexibilidad que disfrutaban en el equipo de marketingâ€”. Entoncesâ€¦ Â¿Es Julia valiente? Â¿Quiere mantener su puesto a poco mÃ¡s de un mes de terminar las prÃ¡cticas?

Apenas dio tiempo a que ambas le fulminaran con la mirada, cuando el inconfundible sonido de los tacones de su jefa comenzÃ³ a acercarse de forma rÃtmica por el pasillo.

Como si la hubieran catapultado, Luna recogiÃ³ sus cosas y corriÃ³ al piso superior, donde estaban sus colegas, antes de que la silueta de Selene se recortara contra la puerta de cristal.

La socia de penal evaluaba la escena con gesto serio.

â€”Julia GarcillÃ¡n, Â¿te importarÃa acompaÃ±arme un segundo a mi despacho? â€”Era la segunda vez en cuatro meses que pronunciaba su nombre completo.

Se incorporÃ³, alisÃ¡ndose la falda, e intercambiÃ³ una fugaz mirada de pÃ¡nico con Fernando mientras seguÃa a su jefa hacia lo que muy probablemente fuera su Ãºltimo dÃa como becaria. ComenzÃ³ a asimilar la idea de que nunca se graduarÃa. Joder.

El corredor dio paso al espacio diÃ¡fano donde se encontraba el despacho de Selene. Estaba amueblado de forma austera y flanqueado por pilas de tomos de Aranzadi.

â€”No seas tÃmida, coge una silla e intenta acercarla entre todo este desorden â€”le indicÃ³â€”. Ya sabes que esto no suele estar tanâ€¦ asÃ. Pero se nos acaba en nada el plazo para el recurso de casaciÃ³n. Â¡Un caos!

Julia agarrÃ³ una silla de una esquina de la sala y la acomodÃ³ como pudo frente a la mesa, revolviÃ©ndose incÃ³moda tras sentarse.

â€”VerÃ¡s â€”comenzÃ³ la sociaâ€”, sÃ© que estÃ¡s con otros temas estas Ãºltimas semanas, pero necesito toda la ayuda posible con la bÃºsqueda de cositas que nos puedan ser relevantes. Justo antes de ir a por ti, he adjuntado en un correo las pÃ¡ginas del recurso para las que nos vendrÃa bien algo mÃ¡s de jurisprudencia.

â€”Ah. Claro. Perfecto. Me pongo a ello inmediatamente. â€”Julia no podÃa creer que le estuviera dando indicaciones sobre trabajo, en lugar de entregarle una caja para que recogiera en ella sus pertenencias.

â€”La verdad es que no deberÃa ser difÃcil encontrar algo sobre la responsabilidad penal de los grupos de empresas â€”siguiÃ³ diciendo mientras centraba la vista en unos papeles frente a ellaâ€”. EstarÃa bien que le preguntaras a Fernando si no estÃ¡ muy ocupado, para echarte una mano. ExplÃcale lo bÃ¡sico sobre el caso. Cuatro ojos ven mÃ¡s que dos.

Las piernas de Julia temblaban de forma involuntaria, y ella asentÃa mientras miraba de reojo la puerta. Como si fueran a aparecer mÃ¡gicamente agentes de seguridad que la escoltaran hasta la salida.

â€”Â¿Pasa algo? Â¿EstÃ¡ todo bien? â€”repuso Selene alzando la mirada.

â€”Noâ€¦, nada. â€”Definitivamente no estaba encontrando las palabrasâ€”. Es que pensabaâ€¦ Bueno, que esto tendrÃa algo que ver con lo que pasÃ³ anoche.

â€”No tienes que preocuparte por eso. Los accidentes suceden. â€”Los ojos de su jefa volvieron a posarse con aburrimiento en el montÃ³n de ficherosâ€”. AdemÃ¡s, los miembros de la familia Regio han llamado personalmente al despacho para que no haya represalias al respecto. Â¡Parece que estÃ¡s de suerte!

SintiÃ³ cÃ³mo la mandÃbula se le desencajaba, y antes de que alguien decidiera aparecer gritando que se trataba de una cÃ¡mara oculta, se despidiÃ³ y deshizo el camino a su mesa.

â€”Â¿Todo bien? He estado a punto de ir allÃ a salvarte. Bueno, o a tirarte algÃºn arma con la que defenderte. â€”Al tono divertido de Fernando le acompaÃ±aba una mirada de intriga.

â€”Todo bien, creo. Luego te cuento, que son capaces de tener pinchadas nuestras *webcams*. â€”Julia intentÃ³ bromear mientras sus pulsaciones retomaban poco a poco la normalidadâ€”. Primero voy a explicarte la montaÃ±a de trabajo que tenemos por delante.

El resto de la jornada transcurriÃ³ con normalidad, con un par de visitas disimuladas de Luna para comprobar que no la hubieran degollado sobre la moqueta. Cuando quiso darse cuenta, estaba apagando el ordenador y rezando en silencio para que aquel dÃa no le deparara mÃ¡s sorpresas.

SaliÃ³ a la calle, donde el calor de los Ãºltimos dÃas de primavera la recibiÃ³ junto con una suave brisa.

Normalmente, procederÃa a hacinarse en el transporte pÃºblico durante las diez paradas de metro que separaban su casa de plaza Castilla, pero ese dÃa necesitaba estirar las piernas y pensar. TambiÃ©n, normalmente, serÃa el momento de llamar a su madre para contarle lo mÃ¡s relevante del Ãºltimo par de dÃas. Sin embargo, no pasarÃa nada por ahorrarle los sucesos de la Ãºltima velada. Lo Ãºltimo que querÃa era recibir una bronca sobre sus modales.

Honestamente, su madre tampoco habÃa parecido muy interesada en todo el tema de la fiesta. Julia le habÃa mandado varias fotos antes de salir de casa para pedirle opiniÃ³n sobre un par de opciones de complementos. MÃ¡s tarde, la habÃa acribillado a mensajes describiÃ©ndole lo increÃble que era el hotel por dentro:

Tenemos que venir aquÃ juntas, Â¡yo invito!

Su madre habÃa respondido de forma crÃptica, diciÃ©ndole que estaba preciosa y que lo pasara bien. Supuso que la habrÃa pillado en alguna de sus clases de bailes de salÃ³n o danza oriental con sus mejores amigas.

La relaciÃ³n entre ellas siempre habÃa sido muy estrecha. De hecho, de adolescente la habrÃa definido como sofocantemente estrecha. En parte, se debÃa a que el padre de Julia habÃa fallecido poco despuÃ©s de que ella naciera. Se llamaba JuliÃ¡n y su madre lo querÃa con locura; eso y una cuantas fotos en la mesilla de noche era todo lo que conocÃa de Ã©l. De modo que siempre habÃan sido dos: Emma y Julia. Ellas dos.

No le gustaba la tÃpica expresiÃ³n de que un progenitor puede hacer de madre y padre a la vez. Emma habÃa hecho de madre, y con eso siempre habÃa bastado. La habÃa arropado en todas sus decisiones y habÃa trabajado muy duro para que esas decisiones se tradujeran en oportunidades. TambiÃ©n habÃa fulminado con la mirada a los pretendientes que se habÃan atrevido a dejarla en la puerta de casa demasiado tarde tras una cita.

Le resultaba sencillo sentirse orgullosa de reconocer en sÃ misma tantos rasgos de esa mujer. Su pelo color caoba e imposiblemente rizado hasta las puntas, el suave arco inclinado de su nariz o las pecas que salpicaban la cara de ambas como un pequeÃ±o mapa. TambiÃ©n la menudez de sus curvas, una risa estridente y sincera, y la forma en la que alzaban la ceja izquierda cuando algo las enfadaba.

Su infancia habÃa sido de lo mÃ¡s normal. La habÃa pasado en la sierra, alejada de Madrid, hasta que habÃa empezado a estudiar Derecho y CriminologÃa. DebÃa admitir que, aunque nunca habÃan vivido entre grandes lujos, su casa era una pasada. Emma la habÃa recibido en una herencia de la que no conocÃa demasiados

detalles, y todo el que entraba en ella se quedaba sorprendido por el buen gusto que alcanzaba cada rincÃ³n.

Desde que tenÃa memoria, su madre habÃa encontrado excusas para congregar allÃ a familiares, compaÃ±eros y, por supuesto, al grupo formado por sus dos mejores amigas, quienes se autodenominaban Â«las tÃas molonas de JuliaÂ». DespuÃ©s de todo aquello, no le habÃa sorprendido en absoluto que compartir piso en el centro de Madrid le pareciera casi un remanso de paz.

AbriÃ³ pesadamente la puerta del portal, que, para su alivio, no estaba atascada. Consideraba una verdadera suerte contar con un ascensor en LavapiÃ©s, asÃ que se recostÃ³ contra el espejo mientras los numeritos iban iluminÃ¡ndose hasta llegar al Ãºltimo piso.

CruzÃ³ la entrada, se descalzÃ³ de forma dramÃ¡tica y hallÃ³ su salÃ³n convertido en un cine de verano. Otra vez. Su compaÃ±ero de piso Bruno, y su novio Ã□lex, habÃan hecho acopio de todos los cojines de la casa e improvisado una especie de cama gigante.

Bruno y Julia eran mejores amigos desde que tenÃa uso de razÃ³n. Estaba involucrado en todos los recuerdos que atesoraba de trastadas infantiles, y en la adolescencia pusieron en marcha unas maquinaciones conjuntas para alcanzar el estrellato en la capital que comenzaron a hacerse realidad cuando se mudaron juntos. Ã‰l, a convertirse en mÃ©dico. Ocho aÃ±os conviviendo pared con pared que no habÃan hecho mÃ¡s que reforzar ese vÃnculo de toda la vida, turnÃ¡ndose el tÃtulo de hermano mayor y hermana pequeÃ±a, o viceversa, segÃºn el drama existencial al que se enfrentasen.

Por su parte, Ã□lex resultaba tan irritantemente guapo e inteligente como su amigo, de modo que hacÃa ya aÃ±os que habÃa asumido que tendrÃan que compartirlo a partes iguales. AdemÃ¡s, nunca habÃa cometido ninguna atrocidad digna de crÃtica a sus espaldas, lo cual constituÃa un hito en el paradigma sentimental moderno. Ella tambiÃ©n habÃa tenido algunos noviazgos, pero Ã□lex continuaba siendo el Ãºnico en aÃ±adirle a esa palabra el apellido Â«formalÂ».

Un halo de luz recorrÃa el espacio desde el proyector colocado en una esquina hasta la pared blanca. Ahora, la sombra de Julia cubrÃa las fauces de un dragÃ³n de *Juego de Tronos*.

â€”Decidme que vuestro plan no es quedaros ahÃ tirados hasta maÃ±ana por la maÃ±ana â€”seÃ±alÃ³ hacia el amasijo de almohadas y sÃ¡banas con ambas manos.

â€”Â¿Quieres unirte? â€”Bruno masticaba un regalizâ€”. AquÃ hay sitio para una mÃ¡s.

â€”De hecho â€”aÃ±adiÃ³ Ãlexâ€”, estamos a punto de acabar la cuarta temporada. Â¡Llegas en el momento perfecto!

â€”Si pensÃ¡is que voy a verme la serie con vosotros por decimoquinta vezâ€¦ â€”las cejas de ambos se alzaron como las de dos niÃ±os pequeÃ±osâ€”, estÃ¡is muy equivocados. AdemÃ¡s, me toca turno en el bar esta noche.

â€”Â¿CuÃ¡ndo era la entrega de premios a la persona mÃ¡s pluriempleada de Madrid?

Bruno pausÃ³ la escena antes de que muriese algÃºn otro personaje principal.

â€”Probablemente estarÃ© demasiado ocupada como para acudir. Os cedo mis butacas. â€”Julia le guiÃ±Ã³ un ojoâ€”. Pero, bueno, Â¡ya solo me queda un mes de tortura!

â€”A todo esto, Â¿te han echado la bronca en el curro? â€”Ãlex la miraba atento desde el otro lado de la salaâ€”. Si necesitas que amenacemos a alguienâ€¦

â€”Â¡QuÃ© va! â€”repusoâ€”. Parece que, o bien las princesas del hotel terminan la noche llorando todos los aÃ±os, o han decidido pasarlo por alto por algÃºn extraÃ±o motivo. â€”Julia girÃ³ sobre sÃ mismaâ€”. TenÃ©is ante vosotros a la Robin Hood del ron-cola.

Dos cojines salieron volando hacia ella como proyectiles, al tiempo que corrÃa hasta el pasillo, esquivÃ¡ndolos. El sonido de alguna batalla volviÃ³ a inundar el salÃ³n mientras ajustaba la temperatura de la ducha para arreglarse.

Treinta minutos mÃ¡s tarde, todo un rÃ©cord personal, estaba ya decidiendo quÃ© pendientes ponerse para esa noche. Se decantÃ³ por unos pequeÃ±os aros dorados y sacudiÃ³ ligeramente la cabeza frente al espejo para obtener el efecto final. Se habÃa recogido el pelo en una gruesa coleta alta, enfundÃ¡ndose un diminuto vestido negro de tirantes. TambiÃ©n se habÃa aplicado una sutil sombra brillante en los pÃ¡rpados y algo de iluminador. Esperaba que sus escasas horas de sueÃ±o resultaran imperceptibles.

Satisfecha con el resultado, y sabiendo que no podÃa hacer mÃ¡s por la imagen frente a ella, cruzÃ³ de nuevo la oscuridad del salÃ³n, coreada por sendos silbidos de la pareja. LanzÃ¡ndoles un beso, se dispuso a llegar tardÃsimo al bar de cÃ³cteles donde trabajaba dos noches por semana.

El olor a lejÃa, incienso y algÃºn cigarrillo electrÃ³nico de sandÃa la saludaron al entrar, lo que le indicaba que no hacÃa mucho que habÃan abierto. El establecimiento se encontraba en una de esas calles de MalasaÃ±a en las que la gente acababa por accidente o sospechosamente a conciencia, y ambos motivos llevaban a interminables rondas de chupitos flambeados. Dejando atrÃ¡s el neÃ³n donde se leÃa LA VIEJA ORLEANS, saludÃ³ con la cabeza al encargado y se apresurÃ³ a colocarse tras la barra junto a sus compaÃ±eros.

â€”Â¿CuÃ¡ntas veces se ha quejado de que fuera a llegar tarde? â€”preguntÃ³ mientras se ajustaba el delantal negro a la cintura.

â€”Cinco, si no me falla la memoria. â€”Nico alineaba distraÃdo una fila de botellas de ginebra que, a todas luces, habÃan rellenado con una marca de alcohol mÃ¡s barato.

â€”Â¿Contamos los gruÃ±idos como queja? Entonces dirÃa que diez â€”aÃ±adiÃ³ Helena.

Varios mechones rosas le salÃan resplandecientes de un apretado moÃ±o de bailarina. Sus brazos resplandecÃan gracias a una purpurina corporal que le habÃa ofrecido probar a Julia en mÃºltiples ocasiones. RecorriÃ©ndolos, pequeÃ±os tatuajes se extendÃan, desordenados, hasta la base del cuello.

Por su parte, Nico vestÃa una sencilla camiseta de algÃºn grupo *indie* que solo Ã©l conocÃa, con el cabello recogido tras una oreja repleta de pendientes plateados.

Juntos, formaban un tÃ¡ndem de ese tipo de personas que marcan tendencia sin pretenderlo. De las que no te sorprenderÃa encontrarte ocupando la portada de la *Rolling Stone*.

â€”Bueno, eso es que hoy estÃ¡ de buen humor. â€”Julia alcanzÃ³ el paÃ±o que mejor pinta tenÃa para pasarlo sobre la superficie de madera.

â€”TambiÃ©n ayuda que esa despedida de soltera lleve pidiendo rondas constantes de espresso martini desde hace media hora. â€”Nico hizo un gesto rÃ¡pido con la barbilla.

â€”Pensaba que se debÃa a mi elecciÃ³n de este top sin mangas â€”Helena se acariciÃ³ el espacio entre las clavÃculas y la cinturaâ€”, pero gracias.

â€”Â¿TodavÃa intentando tirarte al jefe? â€”Julia frunciÃ³ el ceÃ±oâ€”. Pensaba que habÃamos mejorado nuestros gustos.

Helena se encogiÃ³ de hombros y Nico puso los ojos en blanco, dando por finalizada su tarea de intentar mejorar el aspecto del mostrador de bebidas.

â€”No sabÃ©is quÃ© semana he tenido. Mi cuerpo vive una guerra civil entre el agotamiento y la resaca, y creo que ambos pueden ganarâ€¦ Â¿Vosotros cÃ³mo habÃ©is llegado al viernes?

â€”Bastante intenso tambiÃ©n â€”Helena suspirÃ³â€”, con todo el rollo de las clases y aprendernos las separatas. Â¡Ah! Me han dicho que no en otra audiciÃ³nâ€¦

â€”Â¡A mÃ en dos! â€”aÃ±adiÃ³ Nico enseÃ±ando los dientes.

Ambos estudiaban InterpretaciÃ³n en una de esas estrictas escuelas de actores que te hacen Â«mÃ¡s fuerteÂ». Julia habÃa sacado tiempo para ir a ver casi cada una de las obras *amateur* en las que habÃan participado, e incluso habÃa repasado con ellos los guiones para alguna prueba en la trastienda del local.

â€”Parece que todos necesitÃ¡bamos que llegara el fin de semana. Bueno, ya sabÃ©is, aunque nos toque aguantar a un par de borrachos. â€”Julia se aproximÃ³ dos dedos sobre la lengua.

â€”Si es solo un par, me darÃ© mÃ¡s que por satisfecho. â€”Nico sacaba ahora brillo a unos vasos de tubo completamente opacos.

â€”Oye, Â¿y cÃ³mo es eso de que anoche te codearas con todos los pijos de Madrid? â€”Helena la miraba con escepticismo.

â€”El sitio era increÃble. Con cÃ³cteles de verdad. Ya sabÃ©is, no como los que preparamos aquÃ. Con mi mala suerte, se me cayÃ³ uno encima de la peor persona posible yâ€¦

Algo la distrajo. Alguien.

Julia echÃ³ un vistazo hacia el grupo que entraba en ese instante. Concretamente, hacia el chico que lo encabezaba y se acercaba con los brazos abiertos.

â€”Ahora os cuento. Un segundo.

â€”Tranqui, yo te cubro. â€”Helena le dio un suave empujÃ³n hacia delanteâ€”. No pienso encargarme de ese idiota.

Sus amigos ya le habÃan dejado claro en mÃºltiples ocasiones lo que opinaban sobre Xisco. Un completo desastre de metro noventa que habÃa aparecido en ese bar en el momento exacto en que ella habÃa decidido dar otra oportunidad a los tÃos. En parte porque estaba cansada de odiar al gÃ©nero masculino de forma generalizada, y en otra gran parte por su sonrisa, sus anchos hombros y la total certeza de que no era lo suficientemente listo como para hacerla sufrir de verdad.

Llevaban quedando un par de meses en un constante Â«nada serioÂ», y asÃ era exactamente como querÃa que se mantuvieran las cosas entre ellos.

â€”Pero Â¿cÃ³mo estÃ¡s asÃ de guapa? â€”Julia soltÃ³ un bufido cuando Ã©l la atrajo hacia sÃ, agarrÃ¡ndola por debajo de la cintura.

â€”Hueles a todo el alcohol de Madrid. â€”Se estirÃ³ para mirarle a la altura de su barbillaâ€”. Â¿Y estÃ¡s seguro de que no me estÃ¡s viendo doble con esos ojos?

Xisco se agachÃ³ para besarla rÃ¡pidamente en la mejilla.

â€”Yo tambiÃ©n me alegro de verte, Julita. â€”La sonrisa de Ã©l se transformÃ³ en una mueca lastimeraâ€”. Estamos celebrando un cumpleaÃ±os y habÃa pensado que te gustarÃa que me pasara a saludar.

Julia jurÃ³ que Xisco se caerÃa de no estar apoyado en ella. Le parecÃa un gesto relativamente bonito que hubiera movido a toda aquella gente hasta ese antro para verla, pero no estaba del todo dispuesta a aguantar esa versiÃ³n de Ã©l mÃ¡s de cinco minutos.

â€”Ven. SerÃ¡ mejor que te ponga un vaso de agua. â€”Lo condujo hasta la barra, ignorando las miradas de reprobaciÃ³n de sus amigosâ€”. Estoy segura de que te vendrÃ¡ genial volver a ser capaz de hablar con todas las vocales.

â€”SÃ, lo que tÃº digas. â€”Xisco dejÃ³ caer los codos sobre la maderaâ€”. Estoy perfectamente.

LlenÃ³ con agua del grifo uno de los vasos reciÃ©n lavados y se lo extendiÃ³.

â€”Gracias. â€”BebiÃ³ con desganaâ€”. Â¿QuÃ© tal estos dÃas? He sido un poco desastre con el mÃ³vil, ya me conocesâ€¦ â€”Xisco posÃ³ el vaso vacÃo y continuÃ³â€”: Hemos compuesto unos temas increÃbles con la banda. â€”Hizo una pausaâ€”. Â¿Puede considerarse una banda si aÃºn no hemos tocado juntos? â€”MirÃ³ hacia ella sacudiendo la cabezaâ€”. TÃº tenÃas un examen, Â¿no?

â€”TÃ©cnicamente sois una banda, supongo. Pero estarÃa bien que buscarais algÃºn sitio donde tocar. AquÃ ya preguntÃ©, y obtuve un no rotundo. â€”SeÃ±alÃ³ disimuladamente al lugar donde el encargado prendÃa fuego a una ronda de chupitosâ€”. Ah. Y llevo sin tener exÃ¡menes desde el semestre pasado. La semana que viene termino las prÃ¡cticas en el despacho.

â€”Bueno, es un poco lo mismo â€”protestÃ³ Ã©lâ€”. Me referÃa a las prÃ¡cticas. Â¿QuÃ© tal vas con todo ese rollo de los juicios? â€”EnsanchÃ³ una sonrisaâ€”. Â¿Ya les puedo decir a estos que estoy saliendo con una abogada?

â€”Uno. No estamos saliendo. â€”Julia apoyÃ³ un dedo como advertencia en el puente de su narizâ€”. Dos. No, todavÃa no soy abogada. Y tres. Como no vuelva al trabajo tampoco serÃ© camarera.

Le dio un beso bajo el mentÃ³n y se colocÃ³ de nuevo en su puesto al otro lado, donde sus compaÃ±eros la esperaban con el ceÃ±o fruncido.

â€”DÃ©jame adivinar: tÃº puedes cambiarlo. â€”Nico canturreÃ³ la Ãºltima parte.

â€”Dame diez motivos por los que sigues viendo a este espÃ©cimen. â€”Helena la persiguiÃ³ cuando decidiÃ³ darles la espaldaâ€”. EstÃ¡ bienâ€¦ Â¡Lo rebajo a dos!

â€”No se mete con mis decisiones â€”Julia seÃ±alÃ³ a Helena, ocultando una sonrisaâ€”, y no me imita con voz de damisela en apuros â€”aÃ±adiÃ³ apuntando a Nico con el Ãndice izquierdoâ€”. Dicho esto, distraigÃ¡monos con otras cosas. Ayudadme a olvidar su presenciaâ€¦ â€”Xisco ya volvÃa hacia el grupo, que vociferaba en una mesaâ€”. Y voy a atender a esa chica de ahÃ, que parece necesitar un trago.

La noche transcurriÃ³ como cualquier otra, y para cuando fue la hora de cerrar, siempre un poco despuÃ©s de lo permitido por licencia, la Ãºnica diferencia la marcaban los vasos que habÃan perdido contra el suelo.

Xisco y sus amigos se habÃan ido hacÃa rato a alguna discoteca, con la promesa de que ella mantendrÃa el mÃ³vil en sonido por si decidÃan aparecer mÃ¡s tarde. O mejor dicho, con la ilusiÃ³n de que eso sucediera.

Se despidiÃ³ con un abrazo de Helena y Nico despuÃ©s de echar la trapa, rechazando la oferta de unirse a la fiesta que un actor daba en su piso.

Le vendrÃa bien descansar.

Cuando llegÃ³ a casa, los Ãºnicos restos del maratÃ³n de *Juego de Tronos* eran la montaÃ±a de cojines y una caja de pizza vacÃa. Se recostÃ³ sobre ellos y lanzÃ³ el telÃ©fono a un lado, ignorando varios mensajes que acababan de aparecer en la pantalla.

Le llamÃ³ la atenciÃ³n el montÃ³n de cartas que habÃa sobre la mesa. Recordaba vagamente haberlas subido cuando volvÃa de la fiesta la noche anterior, pero no habÃa estado en condiciones de abrir ninguna. Se hizo con ellas estirando el brazo. Estaba pasando de forma rÃ¡pida panfletos de publicidad y recibos antiguos de la luz, cuando un sobre llamÃ³ su atenciÃ³n sobre el resto.

TenÃa un tacto suave y estaba cerrado con un voluptuoso lacre de cera roja. En Ã©l, se podÃa leer el logo del Hotel Regio.

Lo abriÃ³ con urgencia tirando del sello y extrajo un papel doblado por la mitad.

Â¿QuÃ© querÃan ahora de ella?

Â¿Esta era su idea de dejarla en paz?

DesdoblÃ³ la hoja y comenzÃ³ a leer:

Madrid, 24 de abril de 2024

Queridos nietos:

Pese al optimismo de los doctores, si estÃ¡is leyendo esto es porque ya no me encuentro entre vosotros. He encomendado a Esperanza que guarde estas cartas despuÃ©s de efectuar unos pequeÃ±os cambios en mi testamento. Que estÃ©n en vuestras manos es para mÃ muy importante.

Puedo imaginarme las reacciones de vuestros padres ahora mismo. Pero ni estoy loca ni nunca lo he estado. De lo Ãºnico que me arrepiento es de haber dedicado toda mi vida a este hotel y tan poca a vosotros.

He sentido sobre mÃ la responsabilidad de cada viga, cada huÃ©sped, cada trabajador y cada servicio. He respirado a travÃ©s de Ã©l, y en Ã©l serÃ¡ tambiÃ©n donde dÃ© mi Ãºltimo aliento. Tristemente, parece que no he sabido inculcar a mis seis hijos ese amor por el trabajo.

Es por ello por lo que he decidido que solo uno de vosotros, los seis primogÃ©nitos de cada uno de ellos, herede la bendiciÃ³n y la carga de estas paredes que vuestro abuelo y yo construimos. Me romperÃa el corazÃ³n dejarlo en las manos equivocadas.

A tal fin, he dejado unas pruebas en el notario que Esperanza os explicarÃ¡, y cuyo resultado evaluarÃ¡ con su sabia mirada.

Que mi recuerdo viva en vosotros y mi amor os acompaÃ±e siempre.

Os quiere,

MANUELA

Con manos temblorosas, Julia girÃ³ la hoja esperando encontrar en el reverso algÃºn indicio de que aquello habÃa llegado a su casa por equivocaciÃ³n. Su cara se descompuso cuando reparÃ³ en las escasas indicaciones que se leÃan en una esquina:

Por la presente,

quedan citados los destinatarios de este comunicado

el domingo 19 de mayo, a las 10.00 horas,

en la sala de conferencias del Hotel Regio.

Cordialmente y a la atenciÃ³n de:

Julia Regio GarcillÃ¡n

DejÃ³ caer la carta a un lado y se abrazÃ³ a sÃ misma con fuerza. Necesitaba llamar a su madre, escuchar de su boca que todo aquello era una broma pesada. Sin embargo, tuvo la certeza de que a esa hora estarÃa ya dormida desde hacÃa rato.

Le resultaba imposible creer que le hubiera podido ocultar algo asÃ, pero tampoco le habÃa contado nunca nada sobre el pasado de su padre. Su parte racional miraba ahora hacia un precipicio.

El salÃ³n comenzÃ³ a dar vueltas frente a ella y una bandada de pensamientos la asaltÃ³ sin que pudiera protegerse. Sin saber cÃ³mo habÃan llegado hasta allÃ, sintiÃ³ el sabor salado de las lÃ¡grimas en sus labios.

Cansada de todo un dÃa reprimiendo emociones, se rindiÃ³ ante las dudas dejando que inundaran sus mejillas. En aquella cama improvisada, el cansancio le venciÃ³ el pulso a la incertidumbre.

3

Bruno la encontrÃ³ en esa misma posiciÃ³n a la maÃ±ana siguiente. Sin hacer preguntas, la empujÃ³ hasta la ducha, para luego recibirla con un intento de tortitas

caseras. No fue hasta que se hubo terminado la Ãºltima, enterrada bajo una excesiva cantidad de chocolate para camuflar el sabor, que Julia se animÃ³ a enseÃ±arle la carta.

HabÃa llamado a su madre un par de veces, sin Ã©xito. ParecÃa no tener cobertura. De modo que desahogarse en su cocina era todo cuanto podÃa hacer por el momento.

â€”Â¿Crees que es algÃºn tipo de broma de mal gusto? â€”Bruno trataba de alzar la voz por encima de la batidora, en la que burbujeaba un lÃquido verdeâ€”. O sea, no sÃ© quiÃ©n podrÃa estar tan pirado como para jugar con eso, pero no podemos descartarloâ€¦

â€”La he releÃdo diez veces, y sigue sin tener ningÃºn sentido. Si estÃ¡n haciendo esto como venganza por lo del vestido, tienen un puto problema de los gordos. â€”Se aferrÃ³ con fuerza a la encimeraâ€”. Â¿CÃ³mo voy a tener un apellido del que nunca he sabido nada?

Bruno vertiÃ³ la papilla con cuidado en dos vasos. Julia no tenÃa ni siquiera energÃa para discutirle que el concepto divertido de un batido se arruina cuando le introduces espinacas, asÃ que se lo bebiÃ³ de un trago sin respirar.

â€”Te he salvado de morir abandonada entre restos de pizza, pero no podrÃ© hacer nada por ti si decides ahogarte. â€”La estudiÃ³â€”. Â¿Sabes algo de tu madre?

â€”Parece que la tierra ha decidido tragÃ¡rsela en el momento mÃ¡s inoportuno. â€”DesbloqueÃ³ la pantalla de su mÃ³vil, que seguÃa sin ofrecer ninguna novedadâ€”. Seguramente estÃ© en uno de esos retiros de yoga en la montaÃ±a y no vuelva a la civilizaciÃ³n hasta la hora de comer. â€”Se mordisqueÃ³ una uÃ±aâ€”. Â¿CÃ³mo voy a evitar volverme completamente loca hasta entonces?

â€”Lo primero â€”Bruno apartÃ³ el dedo de su boca y tomÃ³ su mano entre las suyasâ€” es que no sabemos si todo eso es verdad. Pero, en el caso de que esta especie de *Cluedo* tenga algo que ver contigo, seguro que hay una explicaciÃ³n lÃ³gica.

â€”Â¿Te refieres a una explicaciÃ³n lÃ³gica para que mi supuesta abuela muerta decida lanzarme a los *Juegos del Hambre* con unas cuantas modelos de Victoriaâ€™s Secret? â€”Julia le miraba divertida, entrecerrando los ojosâ€”. SÃ. Suena exactamente como algo que quiero llevar en mis genes.

Antes de que su compaÃ±ero pudiera responder, el mÃ³vil comenzÃ³ a moverse sobre la repisa de la cocina, mostrando una foto de su madre sonriendo. IntercambiÃ³ una rÃ¡pida mirada con Bruno y recorriÃ³ el pasillo en una exhalaciÃ³n, con el telÃ©fono todavÃa vibrando en su mano.

La voz que le respondiÃ³ al otro lado parecÃa ajena a toda aquella locura:

â€”Hola, cariÃ±o. Â¿CÃ³mo va el sÃ¡bado? â€”Sonaba extenuada, como si estuviera subiendo por una colinaâ€”. Tengo varias llamadas tuyas.

Julia dejÃ³ que sus respiraciones inundaran la lÃnea durante varios segundos. Realmente, no sabÃa cÃ³mo abordar el tema. Si debÃa gritar, llorar, o simplemente leer la misiva y esperar a que su madre se riera junto a ella.

â€”MamÃ¡, he recibido una carta del Hotel Regio â€”agarrÃ³ las sÃ¡banas con fuerza con las manosâ€”, diciendo que soy parte de su familia.

EscuchÃ³ cÃ³mo se detenÃa. TambiÃ©n oyÃ³ levemente cÃ³mo decÃa a sus amigas que se adelantaran sin ella. DespuÃ©s, un pesado silencio que tampoco ella se sentÃ-a capaz de romper.

â€”CariÃ±oâ€¦ â€”La voz de su madre se quebrÃ³.

Fue entonces cuando Julia explotÃ³, dejando que las palabras y las lÃ¡grimas se pelearan por salir. LeyÃ³ el mensaje en alto mientras escuchaba los sollozos de su madre, e intentÃ³ en vano formular las preguntas que ni siquiera se habÃa planteado.

Emma esperÃ³ unos segundos, probablemente para recomponerse. Su tono sonÃ³ triste cuando le dijo:

â€”PensÃ© que nunca volverÃan. Que nos dejarÃan en paz para siempreâ€¦ â€”PareciÃ³ elegir con cuidado sus siguientes palabrasâ€”. Tienes que entender que todo lo que he hecho, siempre, ha sido por ti.

Julia se secÃ³ las lÃ¡grimas con el dorso de la mano. Era absurdo buscar consuelo, cuando claramente le habÃa robado la opciÃ³n de conocer sus orÃgenes.

â€”No sÃ© a lo que te refieres. Pero, sea lo que sea, no veo cÃ³mo podrÃa darte derecho a ocultarme quiÃ©n es mi padre. â€”SuspirÃ³ de forma sonoraâ€”. Me dijiste que muriÃ³ en un accidente. Â¿Es eso tambiÃ©n mentira? Â¿DÃ³nde estÃ¡?

â€”Julia. â€”Su madre parecÃa estar a punto de perder el control de nuevoâ€”. Todo lo que te he contado es verdad. Lo que no sabesâ€¦ â€”Hizo una pausaâ€”. Lo que no sabÃas no cambia nada para nosotras. Yo soy tu madre y ellos no son tu familia.

â€”EstarÃa bien que hubiera podido elegir, Â¿no? â€”Julia soltÃ³ una risa graveâ€”. Pero parece que eso ya no es cosa tuya.

â€”Eso nunca ha sido cosa mÃa, hija. â€”El tono de su madre se endureciÃ³â€”. No sÃ© quÃ© pueden querer ahora de ti, pero mantente alejada de ellos y de ese lugar. Te aseguro que allÃ no hay cabida para gente como nosotras. Solo para monstruos como ellos.

â€”Parece ser que tendrÃ© que decidir quiÃ©nes son los monstruos.

ColgÃ³ la llamada antes de que Emma pudiera replicar. AlejÃ³ el mÃ³vil al otro extremo de la cama y enterrÃ³ la cara entre las manos. No se iba a permitir llorar de nuevo. No ahora. Y menos cuando el hombro donde lo habÃa hecho durante veinticinco aÃ±os le resultaba de pronto tan lejano.

En cambio, cogiÃ³ el ordenador y tecleÃ³ en el buscador el nombre del hotel. TambiÃ©n los nombres de sus presuntos familiares.

Aquel espectÃ¡culo no la iba a pillar por sorpresa. Y si, como todo indicaba, la maÃ±ana siguiente se iba a enfrentar a un examen sobre cÃ³mo afrontar quiÃ©n eraâ€¦, estudiarÃa.

Se pasÃ³ el dÃa en aquella patÃ©tica tarea de investigaciÃ³n.

No encontrÃ³ nada relevante; nada que pareciera indicar el mÃ¡s leve parentesco entre ella y esa gente. Todo cuanto circulaba sobre los Regio eran artÃculos de sociedad o de prensa rosa donde se especulaba sobre sus posibles relaciones con aristÃ³cratas, modelos o hijos de otros empresarios, fotos en alguna boda o la orla de su paso por internados en Reino Unido y Suiza.

Apenas se veÃa capaz de retener un par de rostros de aquellos desconocidos, y eso sin tener claro aÃºn quiÃ©nes eran los otros cinco primogÃ©nitos. Porque todos ellos le resultaban idÃ©nticos. Aquella familia parecÃa haber parido un ejÃ©rcito de estudiantes de Master of Business Administration e *influencers* de *lifestyle*.

DecidiÃ³ darse por vencida tras la quinta publicaciÃ³n ligada al Â«volunturismoÂ» justo en el momento en que el sonido del telefonillo resonÃ³ a travÃ©s del pasillo.

Â¿HabÃa salido Bruno? Realmente, no sabÃa cuÃ¡ntas horas llevaba haciendo espionaje para principiantes.

LevantÃ³ el auricular y, antes de acercÃ¡rselo, escuchÃ³ una voz impaciente al otro lado:

â€”Â¡Te he llamado exactamente doce veces! â€”PodÃa imaginarse a Luna haciendo aspavientos en su portalâ€”. Como no me abras, voy a trepar hasta tu balcÃ³n.

PresionÃ³ el botÃ³n del aparato y se atusÃ³ el pelo, plenamente consciente de la imagen que debÃa estar a punto de ofrecer. Recordaba haber enviado horas atrÃ¡s una foto de la carta a Fer y Luna por el grupo de WhatsApp llamado Â«Abogados en apurosÂ».

Unos segundos despuÃ©s de abrir, su amiga cruzÃ³ la puerta de casa. Bruno saliÃ³ de su habitaciÃ³n para recibirla. Luna habrÃa hecho una entrada triunfal, de no ser porque cargaba una enorme bolsa de deporte color frambuesa.

â€”Â¡Hola, bombones! â€”Les dedicÃ³ una sonrisa.

â€”No es el mejor dÃa para ayudarte a deshacerte de un cadÃ¡ver. â€”Julia observÃ³ con recelo las dimensiones de aquel bolso.

â€”Me alegra ver que no has perdido el sentido del humor â€”Luna lo dejÃ³ pesadamente sobre el sofÃ¡â€”, pero vengo a armarte para la batalla.

â€”Â¡ImagÃnate! Como hacÃan antiguamente con Aquiles, Espartacoâ€¦ â€”Bruno, que hasta entonces se habÃa mantenido en silencio, pareciÃ³ advertir la ceja arqueada de su amigaâ€”. Â¿El Cid Campeador?

â€”Â¿Por quÃ© estÃ¡is empezando a darme miedo?

Bruno levantÃ³ las manos, indicando que aquello no habÃa sido idea suya.

â€”Ven, siÃ©ntate. â€”Cuando Julia se recostÃ³ a su lado, Luna ya estaba deslizando la cremallera de la bolsaâ€”. Aunque estoy segura de que no te hace mucha gracia todo este lÃo, maÃ±ana vas a introducirte de lleno en un nido de cuervos. Ya sabes, de los que te arrancan las joyas del cuello.

â€”TodavÃa no he decidido si voy a aparecer por allÃ. â€”Julia cruzÃ³ las piernas en seÃ±al de protestaâ€”. No sÃ© si quiero tener algo que ver con esos juegos estÃºpidos.

â€”Â¿Perdona? Â¡Claro que vas a ir a ese hotel! â€”La mirada de afectaciÃ³n de Luna hizo que Bruno soltara una carcajadaâ€”. De hecho, no solo vas a aparecer por allÃ, sino que lo vas a hacer de forma que se arrepientan de lo que sea que haya pasado con el dichoso apellido. â€”Le puso la mano con cariÃ±o sobre la rodilla antes de que pudiera responderâ€”. Â¿Y sabes por quÃ© lo sÃ©? Porque tienes delante a la mejor aliada para molestar a esa calaÃ±a.

â€”Â¿Puedo quedarme? Prometo limitar mi labor a sacar las cosas de esa tarta de fresa. â€”Bruno se lanzÃ³ de un salto al hueco entre ambas.

â€”Por supuesto, cielo. â€”La sonrisa de Luna se ensanchÃ³.

Pese a las sÃºplicas de Julia, su amiga la obligÃ³ a probarse cada una de las prendas que iban extrayendo de aquel pozo sin fondo de ropa de firma. JamÃ¡s lo admitirÃa, pero era gratificante deshacerse del pijama.

De modo que se resignÃ³ a servir de maniquÃ al tiempo que Luna le iba detallando instrucciones increÃblemente precisas sobre cÃ³mo y cuÃ¡ndo airear una lista de trapos sucios sobre aquella gente que no podÃa provenir mÃ¡s que de su madre.

â€”Y recuerda â€”le dijo mientras abrochaba el Ãºltimo botÃ³n de una chaqueta de *tweed*â€”, cuanto menos sepan de ti, mejor. Seguramente estÃ©n deseando buscar razones para odiarte.

â€”Â¿Esto quiere decir que no me tendrÃ¡n preparada una fiesta de bienvenida a la familia? â€”Julia se revolvÃa dentro de aquella tela.

â€”No te olvides de pedir los regalos atrasados de Navidad â€”aÃ±adiÃ³ Brunoâ€”. Estos seguro que son de los que te llevan de viaje a Disneyland.

Julia dio una vuelta frente al espejo, terminando con una reverencia exagerada.

â€”Â¿CuÃ¡l es el motivo de que tenga que ir vestida como una dama victoriana?

â€”Yo solo te he traÃdo unas cuantas cosas, por si te hacen falta. No sabemos en quÃ© pueden consistir esas pruebas. â€”Luna doblÃ³ con cuidado unos pantalones de trajeâ€”. Puede que tambiÃ©n me viniera bien hacer algo de sitio en mi armarioâ€¦

â€”No es que no estÃ© disfrutando de esta sesiÃ³n de transiciÃ³n a princesa â€”su amigo abarcÃ³ el salÃ³n con un gesto de cabezaâ€”, pero Â¿cuÃ¡ndo viene la parte en la que consolamos a Juls a la antigua usanza? Llevo un rato aguantÃ¡ndome las ganas de pedir pizzaâ€¦

Un resoplido de alivio de Julia fue todo lo que hizo falta para que llevaran sus disfraces de repuesto a la habitaciÃ³n y se tumbaran en el sofÃ¡ con el proyector encendido.

Durante horas, y hasta que Luna se marchÃ³ de madrugada, consiguiÃ³ vivir un sÃ¡bado mÃ¡s de peli en casa. ConsiguiÃ³ olvidarse de que su mundo parecÃa estar inevitablemente condenado a cambiar al dÃa siguiente.

DejÃ³ que la alarma sonara tres veces antes de ponerse en pie de un salto. Su habitaciÃ³n parecÃa una explosiÃ³n de ropa de Ã©poca, asÃ que sorteÃ³ las montaÃ±as de obstÃ¡culos con etiqueta y se metiÃ³ bajo el agua caliente.

IntentÃ³ aclarar sus ideas en vano. Una avalancha de pensamientos constante amenazaba el interior de su mente y no podÃa hacer nada para contenerla. No hasta que tuviera mÃ¡s informaciÃ³n.

La decisiÃ³n ya estaba tomada, iba a acudir al hotel sin demora. Odiaba la idea de tener que enfrentarse sola a lo que fuera que le esperase en ese lugar, pero odiaba incluso mÃ¡s la posibilidad de que aquellos desconocidos pudieran pensar que era dÃ©bil.

RevolviÃ³ entre esa marea estilÃstica y encontrÃ³ unos pantalones satinados color burdeos y una blusa blanca con tirantes de encaje. No estaba muy segura de quÃ© imagen deseaba mostrar, pero acabÃ³ aÃ±adiendo una cantidad cuestionable de collares dorados que parecÃan crepitar sobre su pecho aÃºn pÃ¡lido.

DespuÃ©s de trazar dos finas lÃneas sobre sus ojos y dejar que el pelo le cayera mojado hasta la cintura, se acercÃ³ con un gesto descarado al espejo. Se anotÃ³ mentalmente acordarse de dar las gracias a Luna. Estaba increÃble. Y lo que era mÃ¡s importante, lista para hacer frente a todas las ovejas negras de esa familia.

Aproximadamente media hora mÃ¡s tarde, se alzaba imponente frente a ella el Hotel Regio. A la luz del dÃa, se apreciaba incluso mejor la singularidad de su portada. El color arenoso de la piedra pulida estaba salpicado por detalles en blanco, que subÃan en espiral por cada piso; y como si la protegieran de mezclarse con el resto del paisaje, anchas columnas surcaban la totalidad de la fachada. Un sencillo sendero empedrado indicaba el camino desde la calle, flanqueado por dos hileras de Ã¡rboles en flor que dibujaban sombras al balancearse con el viento.

Se obligÃ³ a respirar profundamente, como habÃa visto en las pelÃculas. El bullicio de un domingo mÃ¡s se arremolinaba en la entrada, ajeno a lo que estaba a punto de suceder en su interior.

Julia cruzÃ³ las puertas giratorias y se abriÃ³ paso a travÃ©s de la trayectoria de varios carros portamaletas dorados, en direcciÃ³n al mostrador de recepciÃ³n. Ante ella habÃa una fila de personas que esperaban su turno para ser atendidas.

MirÃ³ nerviosa la hora en el mÃ³vil. Llegar puntual a los sitios nunca habÃa sido su fuerte, y ahora la separaban cinco minutos de ser la Ãºltima en acudir a aquella particular reuniÃ³n de primos.

La lÃnea de personas frente a ella no iba a disiparse a tiempo, y varios trabajadores charlaban entre sÃ en la recepciÃ³n. ContÃ³ hasta diez y, reuniendo valor, se encaminÃ³ hacia ellos ensanchando una sonrisa e ignorando los gruÃ±idos de protesta a su alrededor.

â€”Buenos dÃas â€”sacudiÃ³ la mano ligeramente, intentando hacerse notarâ€”. Es una duda muy rÃ¡pida. No tengo ninguna habitaciÃ³n reservada ni nada de eso. Solo me gustarÃa saber dÃ³nde deboâ€¦

Una chica de su edad la miraba fijamente tras el mostrador.

â€”Le sugerirÃa que guardase la cola, como todo el mundo. Si es tan amable.

â€”Pero es que, de verdad, solo necesito saber dÃ³nde tengo una reuniÃ³n. â€”Julia tratÃ³ de infundir un tono de desesperaciÃ³n en su vozâ€”. He recibido una invitaciÃ³n, pero sin demasiados detalles.

â€”No se organizan conferencias los domingos. â€”La joven fingiÃ³ teclear algo en el ordenadorâ€”. SerÃ¡ mejor que revise la fecha en esaâ€¦ invitaciÃ³n. â€”AlargÃ³ con sorna la Ãºltima palabra.

â€”Mire â€”Julia intentÃ³ mantener la calmaâ€”, estoy bastante segura de que es hoy. TambiÃ©n de que es aquÃ. AsÃ que si puede cerciorarse de nuevoâ€¦

â€”Â¿Siguiente? â€”El deje metÃ¡lico en su voz no daba espacio a mÃ¡s conversaciÃ³n.

Julia se irguiÃ³ frente a la superficie de mÃ¡rmol, apretando las manos con fuerza contra el borde. Estaba a punto de estallar contra aquella chica cuando otra voz se alzÃ³ desde un lado:

â€”Â¿SeÃ±orita Julia? â€”Un hombre de avanzada edad se acercaba a paso ligeroâ€”. Lamento muchÃsimo que haya tenido que esperar aquÃ.

Tanto ella como la chica se giraron hacia Ã©l al mismo tiempo. A diferencia del resto de los trabajadores, que vestÃan uniforme azul marino con ribetes dorados, ese hombre llevaba un sencillo traje negro con una placa metÃ¡lica en la solapa. Bernardo. TenÃa un aura distinguida y un lunar oscuro sobre la mejilla izquierda, bajo unas gafas de pasta marrones. Los empleados parecieron bajar la cabeza ligeramente tras su llegada.

â€”Si no le importa, la acompaÃ±arÃ© yo mismo hasta la sala de conferencias. Los demÃ¡s deben estar ya allÃ. â€”GirÃ³ levemente el mentÃ³n hacia la otra jovenâ€”. Â¿Ha habido algÃºn problema?

â€”No, ehâ€¦, para nada, seÃ±or â€”enmudeciÃ³.

â€”Perfecto. Eso pensaba. â€”MostrÃ³ unos dientes blancosâ€”. De ahora en adelante, procure recordar la cara de Julia Regio. Sigan trabajando.

Julia sintiÃ³ cÃ³mo su estÃ³mago se encogÃa al escuchar ese apellido junto a su nombre. Antes de seguir a ese hombre hacia el interior, vio cÃ³mo los ojos de la chica se abrÃan de par en par, con una mueca de arrepentimiento.

Bernardo se presentÃ³ brevemente como el director en funciones del hotel. Durante el trayecto, le fue dando infinidad de detalles sobre el millÃ³n de retratos familiares que se extendÃan por un angosto corredor. Le explicÃ³ que aquel acceso, al igual que muchos otros, estaba reservado a la familia y algunos puestos de responsabilidad, mientras salÃan de Ã©l para abrirse paso a una antesala abovedada.

Frente a ellos, se erigÃan varias puertas formado un arco.

â€”Creo que el resto ya le toca a usted. â€”EmpujÃ³ ligeramente una de ellasâ€”. Buena suerte ahÃ dentro.

Julia se pellizcÃ³ el dorso de la mano. Le ofreciÃ³ una sonrisa, cruzando el marco de piedra hacia el interior de la estancia.

En un primer vistazo, le empezÃ³ a parecer cÃ³mica la cantidad de espacios enormes que cabÃan dentro de un solo edificio. La sala tenÃa la disposiciÃ³n de un hemiciclo con hileras de sillas tapizadas color vino que bajaban de forma escalonada hacia un espacio circular.

Un tragaluz baÃ±aba con fulgor matutino el centro del salÃ³n, donde cinco jÃ³venes estaban ya sentados entre la primera y la segunda fila. De pie frente a ellos, se encontraba una mujer de avanzada edad. Conforme Julia iba bajando las escaleras, notÃ³ cÃ³mo fijaba su atenciÃ³n en ella, con una expresiÃ³n indescifrable.

A pesar de su edad, su postura era recta y orgullosa, con los hombros menudos cuadrados bajo una chaqueta negra bordada. Como si su cuerpo se hubiera congelado hacÃa aÃ±os en una pose militar. Llevaba el pelo, de varias tonalidades blancas y grises, recogido en un moÃ±o bajo con pulcritud, y aunque en su rostro se dibujaban profundas lÃneas de expresiÃ³n, su piel brillaba bajo la luz que se filtraba

desde el techo. Solo la manera en la que parecÃa cambiar su peso de un pie al otro mostraba a Julia un signo de clara reprobaciÃ³n hacia su impuntualidad.

Cuando casi estaba llegando adonde el resto hablaban despreocupados, sus ojos grisÃ¡ceos se entrecerraron, atentos a su presencia.

Julia se fijÃ³ ahora en las cinco personas que ocupaban asientos en las primeras filas, a escasos metros de ella. Dos chicos y tres chicas. ReconocÃa a Martina, cuyo incidente conjunto le habÃa costado una noche en vela. Ahora llevaba una coleta alta y un vestido vaporoso en color coral. Junto a ella, una versiÃ³n casi idÃ©ntica se reÃa de forma sonora con una mano ensortijada sobre la boca. Las dos tenÃan un pelo rizado rubio de un brillo casi imposible, con ojos color cafÃ© y brazos delgados. Daban la sensaciÃ³n de estar viendo doble.

Delante de ellas y girado hacia la derecha, habÃa un muchacho corpulento de piel bronceada; hablaba casi en susurros con otra chica, que debÃa tener la misma edad que Julia. Ambos mostraban rasgos similares a las dos primeras, pero esta llevaba el pelo corto por encima de los hombros. TenÃa los ojos verdes, sombreados por un mar de pecas.

Unos asientos mÃ¡s allÃ¡, el Ãºltimo integrante del grupo miraba distraÃdo la pantalla de su mÃ³vil. Algo en Ã©l le resultaba extraÃ±amente familiar. No sabrÃa decir cuÃ¡l era el motivo, pero no era por el hecho de que no se pareciera en absoluto al resto. Su cabello era negro y le caÃa despeinado sobre la frente, con unos ojos azules casi ocultos tras las pestaÃ±as en un gesto de concentraciÃ³n. Recostado con desgana sobre la tapicerÃa, una camiseta blanca dejaba ver sus brazos de un tono aceitunado.

Las conversaciones se detuvieron al reparar en su llegada, siendo Martina la que se dirigiÃ³ a ella en primer lugar:

â€”Â¿Ahora han decidido dejar pasar a las camareras torpes? â€”Su mirada divertida confirmaba que la reconocÃa de la fiesta del juevesâ€”. Pensaba que esto iba a ser una reuniÃ³n privada entre nosotros, Espe.

Una risa aguda acompaÃ±Ã³ sus palabras mientras el chico rubio miraba en su direcciÃ³n, evaluÃ¡ndola.

Julia reprimiÃ³ las ganas de dejar que vieran cuÃ¡n afilada podÃa ser tambiÃ©n su lengua, escuchando cÃ³mo el resto murmuraban entre sÃ. Pero, para entonces, la mujer que estaba de pie se dirigiÃ³ a todos ellos:

â€”Buena observaciÃ³n, Martina. Esta es una reuniÃ³n familiar y solo a la familia se le ha permitido la entrada. â€”ElevÃ³ la comisura de los labios y apuntÃ³ el rostro hacia Julia de nuevoâ€”. Queridos, os presento a vuestra prima Julia.

Un repentino silencio inundÃ³ la estancia y cinco pares de ojos se posaron en ella.